

en esto? El artista, el sabio, el filósofo, el hombre eminentemente útil á su patria, es conducido al sepulcro, i los gusanos, unos seres viles que no sirven de nada, son alimentados con los despojos del rei de la creación. Qué sabiduría hai en esto? Casi todos los hombres mueren entre tormentos i gritos de dolor, á los golpes de la naturaleza, semejantes á los que el fiero leñador descarga con su hacha sobre el arbol indefenso. Dónde está aqui el padre amoroso de sus criaturas?

Tal es el lenguaje del incrédulo, que no ve en este universo sino una especie de tela de Penélope: tejer y destejer, edificar i destruir, morir unos seres para que vivan otros, una química continua, una combinación i transformación perpetua de los seres, i un mundo respecto del cual el hombre por su limitada inteligencia, no comprende cuándo ni cómo ha de acabar. Mas el creyente profesa el dogma de la Creación del mundo tal como se refiere en el Génesis, i oye salir esta voz del fondo del antiguo Edén: «Morirás.» El rei de la creación no ha podido libertarse de la muerte, porque desde luego que pecó el primer hombre, la muerte es una lei de la naturaleza; la muerte es el salario del pecado, según la sublime palabra de San Pablo: *Stipendium enim peccatorum* (1).

Sin embargo, el hombre encontró en el Calvario una libertad del pecado, una redención por el amor i la expiación, i en la resurrección de Jesucristo, encontró el hombre, el rei de la creación, un triunfo de la muerte i su propia resurrección á una vida inmortal.

I aun en esta vida, el hombre encontró con su pensamiento, primero un arte i después una ciencia para prolongar lo posible la vida, por setenta, ochenta i más años. Qué sería del hombre sin la medicina? Moriría poco después de nacer, porque desde el primer momento necesita del primer medicamento, de la preparación del paladar para recibir el primer alimento, el sabroso néctar, la leche de los pechos de la madre. Oh niño! te diré con la Escritura: «Honra al médico,» porque es el representante de Aquel

1 Epístola á los Romanos, capítulo 6, verso 23.

que es el Supremo Conservador de los seres. ¡Oh vosotros todos, los que alguna vez habeis estado postrados en el lecho del dolor i habeis sido levantados de él, por Dios, por la mano de su sacerdote que es el médico, sedme testigos de esta verdad! I yo lo soi también. Qué sería de mí, si no me hubiera curado á la edad de dos años el Dr. Antonio M. del Campo, i á la de dieziocho el Dr. Ramón Salcedo, i después otros muchos médicos hasta el día de hoy. ¡Oh ministros de Dios, yo os bendigo en esta solemnidad, con toda la efusión de mi gratitud.

Desde el principio del mundo, los hombres comenzaron á observar que ciertas yerbas eran buenas para curar las enfermedades; para los patriarcas su huerto era su proto-medicato; i de descubrimiento en descubrimiento, fueron los hijos de Adam avanzando en su carrera triunfal, hasta llegar en el siglo XIX á un asombroso progreso en todas las ciencias médicas.

Ellos han libertado á la humanidad de las calenturas intermitentes con la quinina, han contenido la hemorragia de la arteria con la ligadura; han salvado la existencia del herido con la amputación del miembro, han evitado con la inoculación la explosión del virus; han pulverizado con la litotricia la piedra en los intestinos; han devuelto el movimiento á los paráliticos con un fluido divino; han devuelto la vista á los ciegos con la operación de la catarata i, para abreviar, pues me haria interminable, han adormecido el dolor i mitigado el suplicio con el cloroformo. No tiene duda, el hombre es el rei de la creación. Oh niño! tú eres pequeño, i sin embargo, yo descubro delante de tí mi cabeza cana y te saludo como el rei de la creación.

«Creo en Dios padre Todopoderoso, Criador del cielo i de la tierra, y en Jesucristo su único Hijo, Señor nuestro, que fué concebido por obra del Espíritu Santo.» Los católicos y los protestantes, es decir, el mundo civilizado, dobla la rodilla ante Jesús de Nazaret, como Dios y hombre verdadero.

«I nació de Santa María Virgen.» Niño, esta creencia de Santa María Virgen, consévala toda tu vida como una

flor en tu pecho, y esta rosa de Jericó, esta azucena del Carmelo, esta rosa del Tepeyac exhalará un perfume que te fortalecerá en todas las penas de la vida i embellecerá el camino de tu peregrinación sobre la tierra.

«Padeció bajo el poder de Poncio Pilato; fué crucificado, muerto i sepultado.» Cómo! Dios azotado como un esclavo! Dios muerto! Dios bajo la loza de un sepulcro! Qué es esto, sino una multitud de absurdos? La sabia Grecia i la sabia Roma profesaban la creencia de los *Dioses inmortales*, que llevaban en triunfo al Partenón y al Capitolio, i que se oyen á cada paso en la Iliada, en la Eneida, en las arengas de Demóstenes i en las oraciones de Cicerón. Así es que, cuando un pescador de Galilea i un curtidor de Tarsis, con los piés descalzos i una tosca cruz de madera en las manos, se presentaron por primera vez, aquel en Jerusalem i en el Capitolio, i éste en el Areópago de Atenas, enseñando al mundo una nueva religión, diciendo: *Dios murió*, los rabinos de Israel, los sabios de Grecia i Roma i todo el mundo se quedó atónito. Aquello, dice San Pablo, pareció un escándalo á los judíos i una locura á los gentiles: *Cristum crucifixum: judæis quidem scandalum, gentibus autem stultitiam* (1).

I sin embargo, la religión del Dios muerto venció á la antigua Grecia i á la antigua Roma, ha civilizado al mundo, y lo que ignoraban aquellos sabios lo saben hoy nuestros niños de escuela: «Siendo Dios inmortal, ¿cómo pudo morir? Porque junto con ser Dios era también hombre mortal.»

«Descendió á los infiernos, y al tercero día resucitó de entre los muertos.» Como decía antes, el pecado encontró en el Calvario una redención por el amor, i el hombre encontró en la resurrección de Cristo, la resurrección de él mismo á una vida de eterno amor. Sí, como la crisálida sale de su tumba convertida en mariposa que con pintadas alas vuela por el pensil; como la semilla brota del seno de la tierra convertida en fructifera planta, i como Jesucristo se levantó glorioso del sepulcro, así resucitaremos todos ven-

(1) Epístola 1.^a á los Corintios, cap. I, ver. 23.

cedores de la muerte á una vida inmortal. «Creo en la resurrección de la carne i la vida perdurable.»

«Subió á los cielos i está sentado á la diestra de Dios Padre Todopoderoso.» Sería imposible, niño, seguir paso á paso, i explicarte en tan breve rato cada uno de los artículos de tu simbolo; basta recordarte éste: «La Santa Iglesia Católica,» y decirte que profeses toda tu vida la fé de la Santa Iglesia católica. «Qué cosa es fé?—Una luz i conocimiento sobrenatural con que sin ver creemos lo que Dios dice i la Iglesia nos propone.»

Ora á Dios con la oración que él mismo te enseñó: «Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre, etc.» Ora á la madre de Dios con la oración del Arcángel Gabriel, de Santa Isabel y de la Iglesia: «Dios te salve María, llena eres de gracia, el Señor es contigo, etc.»

«Los Mandamientos de la lei de Dios son diez. El primero, amarás á Dios sobre todas las cosas. El segundo, no jurarás el nombre de Dios en vano, etc.»

Niño, honra i obedece á tus padres, no mientas jamás, no tomes nunca á nadie lo suyo, i en fin, ama á Dios sobre todas las cosas i á tu prójimo como á tí mismo; i en medio de la valumba de religiones que agitan al mundo, tu irás seguro. Santifica las fiestas i trabaja todos los demás días de la semana. No esperes la suerte i la buena ventura como los gitanos, esto es, sin trabajar; pues un axioma dice: «La diligencia es madre de la buena ventura» i aun en la gentilidad, en que se creía que todo venía del hado, los filósofos decían que cada uno tenía en su mano su hado (1).

Es verdad que el trabajo es una pena impuesta por Dios desde el principio del mundo, pero desde que Jesucristo santificó en la cruz todos los dolores, el trabajo viene mezclado de placer. Por eso el labrador, que herido por los rayos del sol, lleva la mancuerna en la mano, pensando en su esposa ó en sus hijos, trabaja con placer. Por eso el sabio, que inclinado sobre su mesa escribe un libro pensando en

1 Unusquisque est sibi suum fatum (Plinio, Historia Natural, libro 29).

la patria, trabaja con placer. Por eso el misionero habita con placer en el aduar del apache ó del comanche, pensando en las almas rescatadas por la Sangre de Nuestro Señor Jesucristo. Por eso el tipógrafo en su humilde posilga, coloca con placer las letras en la plancha, pensando en que aquel papel va á ilustrar al pueblo. Honra, obedece, ayuda i ama mucho á tus padres, porque son para tí los representantes de Dios, según la palabra de la Biblia: *Ex quo omnis paternitas in caelis, et in terra nominatur* (1).

Los mandamientos de la Santa Madre Iglesia son cinco. «El primero, oír Misa entera los domingos i fiestas de guardar.» Cuando vengas á la Misa, ora á Dios con profundo recogimiento i sin levantar tus ojos del polvo; porque aquellos que están en Misa miran hacia todas partes; ora los adornos del templo, ora los trajes de los caballeros i las señoritas, etc., i divertidos con los acentos de la música, no son buenos católicos, pues huyendo de los trabajos domésticos vienen á divertirse en el templo como si fuera un teatro.

«El segundo, confesar á lo menos una vez dentro del año por la Cuaresma, ó antes si se teme peligro de muerte, ó si se ha de comulgar.» Cuando te confieses no vengas como el fariseo á acusar á otros, diciendo que son impíos i malos, i que tú eres hombre sensato, honrado i virtuoso, sino acúsate con la humildad del publicano.

«El tercero, comulgar por Pascua Florida.» He aquí lo que vienes á hacer en estos momentos, á recibir á Jesús en el Santísimo Sacramento de la Eucaristía, acerca del que ya sabes lo que tu capacidad te permite entender. No navegaré contigo en alta mar sobre el más grande i profundo de nuestros misterios, porque eres niño, i yo también soi niño, i por lo mismo haré lo que hizo el anciano Jeremías cuando al tratar de declarar grandes misterios, imitando la voz balbuciente de un niño, dijo: «A, a, a, no sé hablar, porque soi niño» (2).

Te diré, pues, únicamente, que cuando tengas al dul-

1 Epístola de San Pablo á los Efesios, cap. 3, ver. 6.

2 Profecía de Jeremías, cap. I, ver. 6.

císimo Jesús en tu tiernecito corazón, en el lenguaje sencillo de los niños le pidas por tí, por tu papá, por tu mamá, por tus abuelos, por tu hermanita, por tus tíos, por tu médico, por tu maestro, por mí i por todos tus prójimos; i el Dios que dice en sus Escrituras que tiene placer en platicar con los niños: *cum simplicibus sermocinatio ejus*, te amará mucho, te abrazará i te coronará de bendiciones eternas.

«El cuarto, ayunar cuando lo manda la Santa Madre Iglesia.» Cuando llegues á los veintiun años, ayuna, porque el ayuno, dice Santo Tomás, no es más que la lei de la sobriedad i por lo mismo no se impone este precepto al adolescente, ni al anciano, ni al que tiene debilidad corporal, ni al que tiene necesidad de trabajar, sino sólo al que tiene necesidad de la lei de la sobriedad. Porque el comer i beber con exceso produce la pesadez del cuerpo, embota las facultades del alma (pues dice San Jerónimo que «vientre gordo nunca produjo ingenio agudo»), i hace al hombre repugnante al trabajo, inclinado á la holgazanería é inútil á sí mismo, á su familia i á su patria.

«El quinto, pagar diezmos i primicias á la Iglesia. Amén.»

Si Dios te concediere un pequeño campo, corta algunos manojos de espigas i entrégalos á la Iglesia para sustento de sus ministros, porque son hombres i necesitan de alimento, por lo que dice el Evangelio de San Mateo: «Digno es pues el operario de su comida:» *Dignus enim est operarius cibo suo*. (1)

«Los pecados capitales son siete. El primero soberbia, el segundo avaricia,» etc. Niño: á la palabra del soberbio responde con el silencio de la humildad, i á los odios, las envidias, las venganzas i las murmuraciones, opón la fuerza de inercia de la prudencia i la venganza de los beneficios.

Practica las obras de misericordia. Da un vaso de agua al que tenga sed; cura con tus propias manos las cinco lla-

1 Cap. 10, verso 10.

gas de Jesucristo en las llagas del enfermo; dí una palabra de consuelo á los oídos del moribundo que le haga más suave la partida de esta vida para la eternidad, i el día que saques de la cárcel á un hermano, será el más bello de los días de tu vida.

I en fin, practica la religión de las Bienaventuranzas.

Un día, un hombre sentado en la peña de un monte, predicaba á numerosas turbas una doctrina que jamás había oído el mundo. Vestía una túnica morada, una rizada cabellera de color castaño claro flotaba sobre sus espaldas al soplo de las brisas del Genezareth, su semblante en majestad era infinitamente superior al del Júpiter Olímpico, i en ternura era infinitamente superior al semblante de una madre; i con una voz más dulce que la primera mirra enseñaba una nueva religión diciendo: «¡Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos! ¡Bienaventurados los mansos porque ellos poseerán la tierra! ¡Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados!».....

¡Oh hijo! profesa la religión de las Bienaventuranzas, i serás feliz en esta vida i en la otra.

Esto deseo á tí i á todos, en el nombre del Padre i del Hijo i del Espíritu Santo. Amén.

Lagos, 9 de Junio de 1895.

Agustín Rivera.